

EL "RALLIEMENT" EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE EUGENIO VEGAS

A PROPOSITO DE SU LIBRO "CATOLICISMO Y REPUBLICA"

POR

ANDRÉS GAMBRA

Quienes han tenido el privilegio de conocer personalmente a Eugenio Vegas saben de su extraordinaria inclinación por la historia moderna y contemporánea de Francia. Fueron para él aquellas materias algo más que un campo sugestivo donde explayar su afición innata y devoradora por la historia: fueron cantera inagotable de inspiraciones políticas aplicables con eficacia y fruto al acontecer español de su tiempo, en el que le cupo desempeñar el papel honroso y brillante que todos conocemos y glosan ahora, con motivo de su muerte, no sólo sus discípulos y amigos sino, incluso, algunos de sus más caracterizados detractores.

El propio Eugenio Vegas, en sus *Memorias políticas*, nos recuerda las circunstancias concretas que le movieron, por vez primera, a estudiar metódicamente la historia del país vecino. En 1923, cuando su precoz vocación de político católico y tradicionalista era ya evidente, se enteró de la existencia de un diario titulado *L'Action française*, que capitaneaba Charles Maurras. En septiembre de ese año adquirió su primer ejemplar, al verlo casualmente en la librería de la estación ferroviaria de Oviedo (1). Se hizo suscriptor y durante años lo leyó con pasión,

(1) E. Vegas Latapie, *Memorias políticas*, Barcelona, 1983, pág. 25.

dedicándole dos horas diarias, y «no había motivo —nos cuenta— que impidiera el enfrascarme en su lectura» (2). En *L'Action française* reconocía Vegas, según testimonio propio, «una reencarnación mejorada del tradicionalismo español», y de su mano se inició en las grandes cuestiones de la historia política de Francia de las que, con el paso del tiempo, adquirió una información enciclopédica.

Lee el periódico y se interesa por las publicaciones de los intelectuales que gravitaban a su alrededor. Llamó especialmente su atención un libro de Havard de la Montagne dedicado al *Ralliement* de los franceses a la Tercera República, «donde se demostraba el pésimo resultado que dieron las instrucciones políticas de León XIII a los católicos de Francia, aconsejándoles, e incluso exigiéndoles, que se hicieran republicanos, con la mejor intención en el orden teórico, pero con las peores consecuencias en el orden práctico» (3). El interés por aquel tema capital en la historia del catolicismo de Francia, y por las gravísimas cuestiones religiosas y políticas que le subyacían, no le abandonaría nunca desde entonces.

Durante su estancia en Melilla, en cuya Auditoría de Guerra estuvo destinado como oficial jurídico entre 1926 y 1928, dedicó buena parte de sus ocios a profundizar en la historia del *Ralliement*, recurriendo a una bibliografía extensa, y especialmente a los cinco tomos de la insustituible *Historie du Catholicisme liberal et du Catholicisme social en France depuis 1870 a 1914*, del abate Barbier. No tardaría la agitada política de España en proporcionarle la ocasión de dar una aplicación práctica a sus investigaciones eruditas.

En abril de 1931 se proclamaba la Segunda República, consumándose lo que Vegas calificó de «suicidio de un régimen». Y en septiembre de ese año, él y un puñado de amigos fundaban la *Sociedad Cultural Acción Española*, con el propósito de defender los grandes principios del derecho público cristia-

(2) *Ibid.*, pág. 46.

(3) *Ibid.*, pág. 47.

no en un ambiente que era, para muchos católicos, de desorientación y desánimo.

Eugenio Vegas había captado, desde el primer momento, el carácter revolucionario y la naturaleza anticristiana del nuevo régimen. «Me percaté entonces —recuerda— de la imperiosa necesidad de prevenir a los católicos contra la campaña que de seguro iba a iniciarse para exigirles, en nombre de su religión, que aceptaran explícitamente la forma republicana» (4). Sabía que en España no faltaban católicos partidarios de la adhesión al nuevo régimen, hombres que creían en la posibilidad de hermanar desde dentro, desde el acatamiento constitucional y la legalidad, los principios del «derecho nuevo» y el cristianismo. Emulos de Lamennais, de Dupanloup y Montalembert, o de Marc Sangnier, estaban dispuestos a producir una versión española de los partidos católico-liberales y demócrata-cristianos franceses, y a favorecer un eventual *ralliement* a la Segunda República.

Sus doctrinas y sus programas no encerraban misterio alguno para Eugenio Vegas que había estudiado con detenimiento a sus predecesores franceses. Conocía bien la trayectoria de Felicité de Lamennais, aquel sacerdote ultramontano y legitimista que, en virtud de una peripécia intelectual extraordinaria, posible sólo en el ambiente delicuescente del Romanticismo, había terminado proclamando la identidad entre el cristianismo y el mensaje de la Revolución. Y también a Dupanloup y a Montalembert, los prohombres del catolicismo liberal francés, partidarios de un régimen liberal moderado que acogiese con benevolencia a unos católicos sumisos, alejados de cualquier estridencia reaccionaria, y cuyos discípulos hicieron imposible la restauración de la monarquía en Francia, cuando parecía inminente en 1871. Y a Marc Sangnier, fundador del *Sillon*, cuyos ensueños de un renacimiento del cristianismo en el seno de una democracia laica y socializante había cercenado de raíz San Pío X.

Eugenio Vegas los conocía bien y también su influencia en

(4) *Ibid.*, pág. 131.

determinados ambientes del catolicismo español. Vegas sabía lo que valían sus doctrinas porque había analizado sus frutos en la historia de Francia, había cotejado sus principios con los del derecho público cristiano, y había estudiado a fondo el magisterio pontificio sobre la materia. Había leído con detenimiento la encíclica *Mirari vos* de Gregorio XVI (1832), donde se condenaba la doctrina lamennaisiana de la «Razón General»; la encíclica *Quanta Cura* y el *Syllabus* (1864), documentos capitales, revestidos con la máxima autoridad del magisterio pontificio, en los que Pío IX había condenado los principios del «derecho nuevo» revolucionario y la hipótesis de un Estado que fuera laico y no concediese a Dios, en su constitución, en lugar que le corresponde; y la encíclica *Notre charge apostolique* (1910), de Pío X, que denunciaba, en términos claros y vigorosos, la voluntad, característica de la democracia cristiana, de asimilar, a través de las nociones de evolución y progreso, la democracia moderna y el cristianismo.

Vegas, por otra parte, sabía que los católicos filorepublicanos, los partidarios de la adhesión sin restricciones mentales, podían aspirar a un eventual apoyo de las más altas jerarquías eclesiásticas. Quien lo dudara, sólo tenía, como él había hecho, que informarse de lo ocurrido en Francia a finales del siglo XIX.

Imperaba entonces en el país vecino un régimen político de carácter netamente masónico, anticatólico hasta la médula y capitaneado por hombres dispuestos a llevar hasta el fin la obra descristianizadora emprendida por la Revolución de 1789; personajes como Ferry, Clemenceau y Jaurés, republicanos puros y duros, para quienes la modernización de Francia exigía, como *conditio sine qua non*, una total secularización de sus instituciones y de su cultura.

Del carácter de un régimen semejante tenían los católicos de Francia pruebas abundantes en 1892: la supresión de los jesuitas y de cuantas órdenes y congregaciones no se sometieran al control del Estado, la prohibición de la enseñanza religiosa y la obligatoriedad de la estatal y laica, seguidas del cierre en pocos años de millares de escuelas y colegios religiosos, la promulga-

ción de la ley del divorcio, la retirada de los crucifijos de las escuelas y un largo etcétera.

La ofensiva anticatólica había comenzado desde 1875, cuando se hizo evidente que la restauración de la monarquía, posible cinco años antes, no tendría ya lugar, y pudo el nuevo régimen desplegar sus verdaderas intenciones, coherentes con las tradiciones del republicanismo francés: un régimen «caracterizado en 1881, como en 1793 —diría Monseñor Freppel— por la guerra a Dios, al cristianismo y a la Iglesia». Y, por cierto, que de aquella situación tenían la culpa en buena medida los católicos liberales, quienes, con sus características vacilaciones y su inveterada simpatía por las instituciones postrevolucionarias, habían hecho inviable la restauración de la monarquía legítima. No en vano los había descrito Pío IX en estos términos: «un pie en la verdad y un pie en el error, un pie en la Iglesia y un pie en el espíritu del mundo, un pie conmigo y un pie con mis enemigos» (5).

Nada más natural que, ante una situación semejante y a la luz de una experiencia republicana de cien años, la mayoría de los católicos se aferrasen al recuerdo de la monarquía católica de Francia. Era la propia República, con su feroz política antirreligiosa, quien «se encargaba de fabricar monárquicos», como entonces se dijo.

Pues bien, en contra de cualquier previsión, León XIII se empeñó en constreñir a los católicos franceses, a partir de 1892 y con su encíclica *Au milieu des sollicitudes*, a que renunciasen a sus tradiciones monárquicas y se adhiriesen sin dobleces a la Tercera República, con el propósito de corregirla y mejorarla desde dentro, desde la legalidad constitucional. El hecho resultaba especialmente sorprendente si se considera que León XIII era el autor de un *corpus* de encíclicas de extraordinaria densidad, donde se condenaba sin paliativos los principios del libera-

(5) Cit., R. Aubert, *Manual de historia de la Iglesia*, dirigido por H. Jedin, vol. VII, Barcelona, 1978, pág. 967.

lismo y la democracia moderna, aquellos precisamente que encarnaba, mejor que ningún otro, el régimen francés.

Eugenio Vegas había estudiado a fondo los diferentes aspectos de aquel escandaloso asunto. Y sabía que León XIII había muerto, once años más tarde, apesadumbrado por su desafortunada intromisión en los asuntos de Francia, y que su sucesor, el santo Papa Pío X, había modificado por completo las directrices de la Santa Sede en aquella espinosa materia (6).

León XIII se inclinó por una política semejante, y la impuso con tesón a los católicos franceses, animado por un análisis de su situación y un proyecto sobre su futuro, totalmente desenfocados y utópicos. Fueron multitud las voces autorizadas que advirtieron al Papa de su error, pero él, tan bien intencionado como mal informado, se empeñó en seguir adelante. Creía sinceramente que el laicismo y el anticristianismo eran fenómenos accidentales a la Tercera República, motivados en gran parte por la adscripción monárquica de la mayoría de los católicos franceses; si éstos se adherían sinceramente al régimen republicano, el furor anticatólico remitiría y sería posible, desde dentro y no desde la oposición al régimen, enderezar el rumbo torcido; la acción política de los católicos adquiriría, por otra parte, unidad y una mayor eficacia, y sería posible hacer de la República francesa «un régimen aceptable para todos, moderado, liberal, esencialmente compatible con los principios del cristianismo», «una República cristiana, heredera de las tradiciones y continuadora del papel de gran nación católica que era Francia».

El desenlace de aquella historia lamentable dio plena razón a los detractores de León XIII. Por un lado, la acción de los católicos perdió el vigor que todavía conservaba: se dividieron entre *ralliés* y *refractorios* y, el sector liberal, que se consideró triunfante y creía, no sin razón, que la Santa Sede respaldaba por una vez lo esencial de su programa, impuso su criterio de paños calientes y prudencia a ultranza. La política de los cató-

(6) Sobre este punto y la simpatía de San Pío X hacia la *Action Française*, cfr. E. Vegas, *Catolicismo y República*, págs. 84 y sigs.

licos se hizo así perfectamente ineficaz. Por su parte, los sucesivos gobiernos republicanos aprovecharon la ocasión y perseveraron en sus proyectos sin tregua ni concesiones a la mano que León XIII les tendía. Su programa de radical descristianización de Francia culminó entre 1904 y 1905, cuando ya el Pontífice había fallecido, con el total desmantelamiento de las instituciones docentes de la Iglesia, la denuncia unilateral del Concordato y el decreto de separación entre la Iglesia y el Estado.

Para conjurar que un proceso semejante pudiera operarse en España, en beneficio de un régimen que tantas semejanzas ofrecía con el de la Tercera República francesa, Eugenio Vegas decidió publicar su historia en la revista *Acción Española*, con una serie de artículos que se inició en marzo de 1932. Fueron seis en total y aparecieron, a razón de uno al mes, con el título de *Historia de un fracaso: el ralliement de los católicos franceses a la República*.

Causaron gran efecto en los medios católicos y dieron renombre a su autor. El propio Vegas relata la sorpresa de Indalecio Abril, destacada figura del campo católico, cuando lo conoció: creía que, dada la densidad de aquellos artículos en cuestiones de magisterio eclesiástico, su autor sería una especie de sesudo monje y no un muchacho joven. Recibió numerosas muestras de simpatía y la solicitud insistente de su reedición en forma de volumen único. No tardó éste en aparecer —a mediados de ese mismo año— con el título, esta vez, de *Catolicismo y República. Un episodio de la Historia de Francia* (7).

Y también suscitó las críticas y la aversión de otros; claro está, los partidarios de la adhesión al poder constitucional, los demócrata-cristianos de *El Debate*, quienes, desde el advenimiento de la República, escamoteaban a su público la verdadera doctrina sobre aquella materia para, de ese modo, inclinarle al acatamiento incondicional. Vegas recuerda en sus *Memorias* que don Angel Herrera, cuando había aparecido el tercero de sus ar-

(7) Su reseña exacta es: Eugenio Vegas Latapie, *Catolicismo y República. Un episodio de la historia de Francia*, Madrid, Gráfica Universal, 1932, 175 págs.

títulos, le rogó que no continuara su publicación; y que, tras la aparición del libro, «el correctísimo e impasible Herrera me demostró su contrariedad negándome en un par de ocasiones el saludo» (8).

No vamos a analizar en detalle el libro de Eugenio Vegas porque es de esos que deben leerse. En sus páginas encontrará el lector un análisis detallado, enriquecido con un aparato de textos abundante, de los aspectos más sobresalientes del tema y, sobre todo, una explicación lúcida del verdadero trasfondo de la cuestión. Los precedentes del *ralliement*, las insinuaciones de los republicanos moderados para comprometer al Papa en una política que sabían funesta para los intereses de la Iglesia, el brindis del Cardenal Lavigerie en Argel, que fue el primer paso de acercamiento a la República, las protestas y lamentos del episcopado de Francia ante lo que se avecinaba, y la publicación de la encíclica *Au milieu des sollicitudes* con la declaración oficial de las nuevas orientaciones pontificias, son algunos de los temas que estudia Vegas con el detenimiento que merecen.

Analiza detalladamente el contenido de dicha encíclica y la distinción entre poder constituido y legislación, que es su argumento central: deben los católicos, al primero, acatamiento sin restricciones por razones de orden moral y deben, a la vez, oponerse con decisión y sin descanso a una legislación perversa, hostil a la religión católica. Vegas demuestra que un argumento semejante era legítimo y correcto en teoría, pero funesto en la práctica, puesto que desconocía u olvidaba, faltando a la prudencia, que el régimen republicano de Francia había demostrado suficientemente su incompatibilidad esencial con los principios del bien común, que el propio León XIII reconocía en su encíclica, eran la medida de los límites del acatamiento debido a un régimen determinado. A través de una argumentación de carácter abstracto, distante de la realidad específica de Francia, el Pontífice llegaba a conclusiones extraordinariamente específicas y comprometedoras.

(8) E. Vegas, *Memorias políticas*, pág. 166.

León XIII exigió, como medio orientado a un fin superior, el sacrificio del partido monárquico, que se llevó a cabo sin obtener contrapartida alguna: «El sacrificio lo consumaron la mayoría de los monárquicos y, sin embargo, la legislación cada día ha sido peor, hasta llegar a la situación presente de laicismo absoluto. El sacrificio fue estéril y, a mi modo de ver, perjudicial para los intereses de Francia y también de la Iglesia» (9).

El libro recoge también, entre otras muchas cosas, el testimonio y la trayectoria personal de algunos prohombres notables del bando católico, tales como Louis Veuillot y Emile Keller: en el primer momento se inclinaron por la tesis de la indiferencia de las formas de gobierno y se sumaron al *Ralliement*; para terminar, más adelante, con la experiencia de sus resultados, en las filas del legitimismo monárquico.

El fruto de todo aquello fue el despojo, sin lucha y con deshonor, de la Iglesia de Francia. Eugenio Vegas, que conocía bien la situación real en que se hallaba, manifiesta reiteradamente en las páginas del libro la exasperación que le producía el aserto, en boca de algunos católicos españoles acomodaticios, de que la Iglesia de Francia gozaba de una paz envidiable: «En efecto —replica—, todos sus bienes se los han quitado; todos sus derechos han sido negados y la única paz de que disfruta es la aludida por el poeta que decía: sólo en la paz de los sepulcros creo» (10).

Bien miradas las cosas, el libro de Eugenio Vegas encierra una importante lección, de carácter general, que trasciende a la historia que se narra en sus páginas y a la experiencia de la República española, que estuvo en la base de su publicación. Una lección sencilla pero de capital importancia, válida para hoy lo mismo que para 1892 y 1932. Es ésta: los programas de aperturismo, de adecuación a las «exigencias» del mundo moderno, de renuncia a maximalismos en aras de combates parciales y, por ello, presuntamente eficaces, no son, en el fondo, otra cosa

(9) E. Vegas, *Catolicismo y República*, pág. 103.

(10) *Ibid.*, pág. 87.

que políticas de «cobardismo», fruto del miedo y de la falta de convicción que engendra complejo de inferioridad. Y, a la larga, conducen inevitablemente al fracaso, puesto que fuerzan a los católicos a medirse, con el bagaje mermado y en circunstancias adversas, a un enemigo agresivo y bien pertrechado, que se beneficia de su propia coherencia interna.

Los católicos tienen que actuar y luchar en las circunstancias en que les haya tocado vivir, sean éstas las que fueren, siempre con la debida prudencia, pero sin perder nunca de vista que una sociedad que no se funde sobre el derecho natural y los principios del cristianismo es, a la larga, corrupta y opuesta a la supervivencia de la religión verdadera. No otro era el sentido del axioma «*politique d'abord*» maurrasiano, al que Vegas se adhiere: cualquier acción de carácter religioso en el seno de la sociedad moderna que no aspire, antes y después, a la restauración del orden social cristiano, es necesariamente estéril.

A los católicos de Francia les cupo escuchar, en más de una ocasión, las burlas de sus enemigos: no os quejéis—les argüían—puesto que no habéis tenido «el valor de erigir contra el pensamiento de la Revolución el pensamiento católico completo». Eugenio Vegas quiso evitarle a su patria un destino semejante. Fue el designio de toda su vida.